



O. C. tomo X

### DE VUELTA DE MADRID

(Para LA NACION)

SALAMANCA, febrero de 1914.

Acabo de regresar de Madrid, donde he pasado doce días. Hacía muy cerca de cuatro años que no pisaba la villa y corte de España. Manteniame alejado de ella, además del escasisimo atractivo que sobre mí ejercen las grandes urbes—no sé si decir grandes ciudades, pues que son cosas muy diferentes—otras razones de índole un poco más complicada. Soy de los que creen que hay una cierta influencia que se ejerce mucho mejor desde fuera, y a poder ser desde lejos, hurtándose al trato inmediato y diario con las gentes sobre que se quiere influir, esquivando el que se conozca la vida cotidiana, más o menos privada, de uno. Y en este mi viaje he podido comprobar cuán verdadera es esta mi creencia.

Por lo que a mí, personalmente, y a mis cosas hace, he vuelto satisfechísimo. Mis cosas son las de la labor literaria y de publicista en que vengo hace años empeñado, y, muy en especial, mi actividad poética. Y no sé cuánto tiempo me queda de ella. Cuando hace algunos años empecé a publicar poesías, muchos de los que me leían dijeron: «¿Pero, a qué se mete este señor a escribir versos? Será todo lo que quiera, menos poeta». Y como preveo y presiento que dentro de no mucho habrá quienes digan: «¡bahi, no es más que poeta!» ese día es muy fácil que deje de escribir versos. Por de pronto, el éxito que en este mi viaje a la corte he obtenido fué leyendo poesías, y en especial mi poema «El Cristo de Velázquez». Cierto es que las lei yo mismo, y esto es muy necesario donde los más de los que leen con los ojos no saben leer con el oído, y donde el hábito de los sonsonetes de tonadilla y los versos metronómicos de tantán congolés ha hecho perder el sentido del ritmo. Y mucho más del ritmo interior. Mas dejemos esto, que sobre ello he de volver, y con alguna extensión en el prólogo de mi próximo volumen de nuevas poesías, donde habré de dar algunas lecciones, y lecciones de técnica y de rítmica, a esos copleros que cuentan las sílabas con los dedos, escriben los versos con los ojos y no logran percibir la armonía de las disonancias. Hay que reaccionar contra los versos cantables y aun bailables, cuyo compás se lleva con los pies. No podemos quedarnos en la época de las arias, cavatinas y demás «cantabilis» para tenores donizzetescos; es menester que en versificación, como en música, se sienta el continuo recitado wagneriano.

He vuelto, digo, satisfechísimo por lo que a mí y a mis cosas, sobre todo, respecto, a mis poemas hace, pero con no demasiadas ganas de volver pronto a la villa y corte.

He vuelto a este mi retiro activo, a esta mi fecunda y agitada soledad de Salaman-

ca, con mayor apego a ella que el que antes tuviera. Y he comprendido una vez más que si alguna fuerza tengo, si alguna acción espiritual ejerzo en esta mi patria, se lo debo al confinamiento corporal en esta vieja ciudad académica ceñida por tierras de pan llevar y de donde sólo salgo para recorrer pequeñas ciudades, tranquilos lugares, aldeas y campos, sobre todo campos, campos y montañas.

No llevé a Madrid en mi pequeña maleta como viático espiritual mas que, aparte del «Nuevo Testamento» griego con que siempre viajo, un libro de mi amigo Jean Blum sobre Hamann, el Mago del Norte («La vie et l'œuvre de J. C. Hamann, le «Mago du Nord» 1730-1788», Felip Alcan, 1912) libro que estaba leyendo cuando tuve que emprender mi viaje. ¡Y qué adecuada compañía la de Hamann! Conocía poco, muy poco, a este contemporáneo y convecino de Kant, a pesar de lo mucho que influyó en Kierkegaard, el gran danés, que es uno de mis autores favoritos. No conocía a Hamann sino por algunas cosas suyas, que he visto no son las más características acaso, traducidas al italiano.

¡Y qué bien me acompañó en Madrid ese mago del Norte, que vivió en continua lucha por el mundo, con el siglo—en el sentido que en los libros ascéticos se da a estas voces de siglo y de mundo—en combate perpetuo contra los saduceos berlineses! ¡Qué bien me acompañó aquel hosco misólogo!

Me es imposible, me es imposible, me es absolutamente imposible hacerme a ese ambiente en que se huye de las eternas inquietudes entrañadas, en que no se busca las hondas relaciones íntimas de las cosas; no puedo vivir yo, literato, en esa atmósfera de literatismo—y lo que es peor de teatralismo y teatralidad—yo, político a mi modo, en esa atmósfera de politiquería o politicismo, que no de política. No puedo vivir oyendo discutir si Fulano vale más o menos que Zutano y, lo que es peor, mil veces peor, si Mengano gana más o menos que perencejo. Porque por debajo de la aparente preocupación literaria o política no hay sino la económica. ¡Misericia, miseria, miseria, miseria!

Otro mundo ¿Quién va a hablarles de otro mundo, de aspiraciones ultraterrestres, de anhelos de inmortalidad, de angustia metafísica, de congoja por la finitud humana del universo, a gentes que en este mismo mundo en que vivimos, en esta vida terrenal—la única de que sabemos—apenas piensan sino en ganar dinero? ¿Y para qué? ¡Porque hay que ver para qué lo quieren los desgraciados!

No, no, no puedo hacerme a ese mundo de epicúreos. Me ahogo en él. Y me ahogo en él porque tengo pulmones y no bronquitis espirituales. Dios me dió un alma con pulmones para respirar en las cimas, cerca del cielo, donde está el aire enrarecido y respirar entre congojas y a las veces haustos agónicos, pero no me dió bronquitis espirituales con que poderme resguardar a las profundidades del mar del mundo. Y allí, en medio de aquel mar oleaginoso, blando, muelle, me ahogaba.

¿Limitación mía? Puede ser. Hay quien dice que soy muy poco comprensivo; que

72 a r  
f 2 a r





hay muchas cosas que no comprendo. ¡Gracias a Dios por ello! No hay manera de comprender bien ciertas cosas, las esenciales, las que parecen ser comprendidas, sino renunciando a comprender las otras. Ya os lo he dicho antes de ahora, aquello de «tout comprendre c'est tout pardonner» ha sido inventado por los que creen comprenderlo todo porque en rigor no comprenden nada. No comprenden, son comprendidos. Están comprendidos, encerrados, en el mar oleaginoso de las bajas voluptuosidades y las ínfimas vanidades, y ni siquiera saben que es un mar. Jamás se han salido de él para verlo desde fuera y ver, a la vez que la haz del mar, con sus espumosas olas, el cielo que sobre él se abre.

→ que

¿Limitación? Ya dejó dicho Hamann, el Mago del Norte, que el hombre no es grande sino por las lagunas que tiene, por lo que le falta. Y los peces humanos de ese mar oleaginoso del mundo madrileño se dan cuenta de la grandeza de la limitación, de lo que ellos llaman limitación. Ellos, los que quieren y crean comprenderlo todo, se sienten sobrecogidos de respeto, hasta de veneración, ante el no comprensivo. Vais a verlo.

Si me preguntarais cuál es hoy el hombre más respetado, más admirado, más venerado en España, os diría sin vacilar que lo es Maura. Todo el mundo habla de él, con respeto, hasta con admiración, y más aun que sus correligionarios políticos sus adversarios. Y no es sólo porque ya no se le tema, porque los profesionales de la política, los políticos de oficio, le creen descartado para siempre de los consejos de la Corona, ¡no! Es el sentimiento de reverencia que produce un hombre que no pospone ideales y convicciones al mero disfrute del poder. Se dice y se murmura, no sé con qué fundamento, que Maura se ha alzado frente al peligro de un cierto poder personal reñido con el espíritu democrático, no demagógico, de nuestra constitución política, que Maura no quiere pactar con un cierto kaiserismo a que propenden nuestros sedicentes demócratas y reformistas, que a las veces sueñan con un Carlos III de España o un Federico II de Prusia. No sé lo que habrá en ello de verdad; pero si es leyenda, esta leyenda es hoy en España el principal pedestal del enorme prestigio de Maura.

Y aun hay más, y es que muchos ven en esa actitud de Maura un origen de hondo patriotismo, de patriotismo religioso, místico si queréis, de un patriotismo que no sufre ver a la patria dirigida desde fuera por potencias extrañas, por eso que algunos llaman Europa y otros no saben bien lo que es.

Yo no sé deciros, por mi propia cuenta, lo que haya de todo eso, pero lo que acabo de contaros es lo que se dice en círculos, en tertulias y en reuniones, aunque ello no trascienda siempre a la prensa.

Lo que sí sé deciros es que cuantas veces, y no han sido pocas, he oído acusar a Maura de tener un espíritu limitado, lleno de lagunas, de ser un hombre incomprensivo, que se aísla, que no conoce la realidad, otras tantas veces he comprendido la fascinación que ejerce sobre esos mismos peces humanos, sumergidos en el mar olea-

ginoso de nuestra política, y que así le acusan. Y cuenta que yo no soy lo que aquí en política se llama maurista.

Hay quien para designar todo lo que en Maura puede haber que le incapacita para ser un gobernante, dice: «¡bah, es un místico!» Y con esto cree haberlo dicho todo. Yo no sé si Maura es o no el místico, el iluminado que algunos dicen, pero sé que en los grandes momentos críticos de los pueblos fué muchas veces un místico, un cardenal Cisneros, un Cromwell, quien los salvó. Y Cromwell era un espíritu limitado y lleno de lagunas.

Dicen que el político debe tener sentido de la realidad, y eso a que los profesionales de la política, los políticos de oficio llaman sentido de la realidad, no es sino humo de las apariencias. Dicen también que debe saber transigir. ¿Pero transigir, con qué? Hay transigencias imposibles.

Lo que hay es que empieza a dibujarse una profunda división y es la que debe existir entre los ciudadanos a quienes les interesa la política, como no pueda menos de ser entre los verdaderos políticos de un lado, y de otro los políticos profesionales o de oficio, los que llaman en los Estados Unidos «politicians», los que aspiran a un ex cualquiera. A ex ministros, ex subsecretarios, ex directores generales, ex senadores o ex diputados. Y un ex se convierte fácilmente en un ref, el ex diputado volverá a ser diputado, re diputado.

Para estos desdichados la política se reduce a hacer y preparar elecciones, a escalar puestos públicos y a mantenerse en ellos el mayor tiempo posible sirviendo a los electores. Toda su política no es más que electorera. Y el deporte parlamentario, que no es más que tal deporte.

Y cuando estos politiqueros se encuentran con un hombre que pone sus principios políticos por encima de la electorera y del disfrute del poder, y que toma la lucha parlamentaria en serio y no en juego, empiezan por verse despistados y acaban por no comprender, ellos, los comprensivos. Y sienten hacia ese hombre a quien no comprenden el respeto y hasta la admiración que siente el que pretende comprenderlo todo hacia aquello que no llega a comprender. Que es todo lo esencial.

Mas no sin una cierta sombra de aparente—no más que aparente—comprensión. «¡Lástima de hombre!», se dicen. Que es como si dijeran: «este hombre, que pudo llegar a ser aquí lo que quisiera; que pudo haberse perpetuado en el poder y colocar a sus amigos y hacer la carrera de los suyos, se contenta con... pasar a la historia! Tal vez en calidad de mártir. ¡Mal oficio!» Son los mismos desdichados que suelen repetir: «sí, sí, métese usted a reñidor y le crucificarán!» Son gentes—¡pobrecillos!—que no comprenden que sacrifique uno su vida a su sobrevida, ya sea a la memoria que de sí deje a los que sobrevivan, ya sea a una creencia que abrigue respecto a su porvenir personal de ultratumba.

Y he aquí cómo se explica mucho de eso que nos pone a unos hombres frente a otros y que hace que no podamos comprendernos mutuamente. Desde hace mucho tiempo me viene persiguiendo la idea, que







va haciéndose fija, de que en rigor lo que nos divide a los que peleamos en esta lucha por la cultura es el sentimiento y la concepción de la vida, como algo que puede y debe bastarse, o como algo que no se basta. De un lado estamos los que no nos podemos resignar a esta vida, o, dicho más claro y más concreto, a la mortalidad del alma individual, estemos o no persuadidos de que haya una vida ultraterrena o

de ultratumba, tal como la concebía la sencilla fe católica medieval, y de otro lado los que no se hartan de predicarse a sí mismos—más que a los demás—que es menester contentarse con esta vida, que hay que gozar de ella intensificándola y extendiéndola y que la preocupación del más allá no hace sino entenebrecer esta nuestra existencia e impedir su más pleno desarrollo. Que lo crean así no me atrevo a asegurarlo; que lo dicen y lo repiten, es indudable.

Y como a este respecto, que es el que más me interesa, el único que de veras me interesa, he adquirido alguna experiencia en este mi reciente viaje a Madrid, quiero dejarlo para hablaros de ello en otra correspondencia.

MIGUEL DE UNAMUNO.

